

17 de abril de 1978

**Esa fraternidad que nos hace Iglesia.**

*De una entrevista de Claudio Sorge a Chiara Lubich para el programa "Ottavo Giorno" ( Rai Uno).*

El amor que el cristiano lleva – y en esto está el misterio abismal y la potencia escondida que, si se hace fructificar, puede obrar milagros –, es distinto a cualquier otro amor existente en el mundo, por noble y bonito que sea. Es un amor de origen divino, el mismo amor de Dios participado al hombre que, injertándose en él, lo hace hijo de Dios.

Y ésta es la premisa y la causa de una realidad incomparable: la fraternidad humana en un plano más alto, la *fraternidad sobrenatural*.

Ahora bien, en *esta* fraternidad, sucede un hecho que recuerda Navidad: Cristo florece en medio de los hombres, como Emmanuel, el Dios con nosotros. En esta fraternidad los cristianos están unidos en el nombre de Cristo, que dijo: «Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos». Se trata de esa fraternidad que puede hacer presente – también donde la Iglesia se encontrase obstaculizada en su ministerio – a Cristo entre los hombres. Presente espiritualmente – se entiende – pero presente. Es esa fraternidad que puede llevar a Cristo en medio del pueblo, a las casas, a las escuelas, a los hospitales, a las fábricas, a las oficinas, a cada comunidad o reunión.

El Concilio y el Papa lo subrayan a menudo: la comunidad, como una familia unida en el nombre del Señor, goza de su presencia. Se trata de esa fraternidad que nos hace Iglesia, como afirma Odo Casel: «No es que la única Ecclesia se fragmente en una pluralidad de comunidades particulares, ni que la multiplicidad de las comunidades particulares unidas forme junta la única Ecclesia. La Ecclesia es solamente *una*, donde quiera que ella aparezca, toda entera e indivisible, también allí donde hay solamente dos o tres reunidos en el nombre de Cristo».

Quizás nosotros cristianos no siempre nos damos cuenta de esta extraordinaria posibilidad. Y confesándolo en esta Navidad, Dios podrá donarnos la gracia de captar mejor, de hacer fructificar más, semejante don. En esta fraternidad, con cualquiera y en cualquier parte, podemos no estar solos pensando, preocupándonos de cómo resolver los problemas humanos. Si queremos (y basta estar unidos en su nombre es decir, con Él y como Él quiere) Cristo está entre nosotros, está con nosotros, Él, el Omnipotente! Y esto nos da esperanza. Sí, mucha esperanza.

Ciertamente es el caso de vivificar un poco - en nuestras familias cristianas, en nuestros grupos, en nuestros movimientos, sea cual sea el fin por el que han nacido, pero bajo el emblema cristiano, en las obras a las cuales damos nuestras fuerzas - esa unidad, esa fraternidad que hace presente a Cristo entre nosotros y nos hace Iglesia, declarando abiertamente esta voluntad nuestra, sin temor, sin falso pudor.

Si Navidad nos recuerda hasta qué punto Dios nos ha amado, es decir, hasta hacerse uno de nosotros, es fácil comprender cómo la lógica de su amor le haga desear estar siempre interesado por

nuestros asuntos y deseoso de seguir viviendo, en cierto modo, entre nosotros, compartiendo nuestras alegrías, nuestros dolores, las responsabilidades y las fatigas, dándonos sobre todo una mano como Hermano nuestro. A Él no le ha bastado presentarse a nosotros cada vez que nos reunimos solemnemente para la celebración eucarística, o estar particularmente presente de otros modos como en la Jerarquía o en su Palabra... Él quiere estar *siempre* con nosotros. Y le bastan dos o tres cristianos... ¡y ni siquiera que sean santos! Bastan dos o más hombres de buena voluntad que crean en Él y sobre todo en su amor.

Si hacemos así, en la Iglesia habrá células vivas en abundancia, que con el tiempo podrán animar la sociedad que las rodea, hasta penetrar en la masa. Entonces, ésta, impregnada por el Espíritu de Cristo, podrá cumplir mejor el designio de Dios sobre el mundo y dar un impulso decisivo a una revolución social, pacífica, pero irrefrenable, con consecuencias que jamás habríamos osado esperar.

Si Cristo histórico sanó y sació almas y cuerpos, Cristo místicamente presente entre los suyos sabe hacer igualmente. Si Cristo histórico pidió al Padre, antes de morir, la unidad entre sus discípulos, Cristo místico presente entre los cristianos sabe realizarla.

Si hay personas unidas en el nombre de Cristo, mañana podremos ver pueblos unidos.

Para responder a lo que Dios nos pide a través del Papa, nos parece que mucho ha sido preparado por el Espíritu Santo. Se trata de dar un impulso a nuestra vida cristiana, siempre demasiado individualista, a menudo mediocre, pero sobre todo poco auténtica.